

y nace,
de Werther,
pardi.
oluto
n incesante
cia
nhauer;
o aumenta
álisis...

on: camine
, báñese;
jeno

El auto
con elementos
naturaleza, exper
mo. El poeta, en 1913,
el hilo de sangre de los
nidad, y el dulce pa
nosotros". Pero dice
y afirma todo lo co
triste", es decir,

PREMIOS NACIONALES DE CULTURA
LITERATURA

JOSÉ T. ARREAZA CALATRAVA
1964

texto de
Alejandro Madero



La colección *Premios Nacionales de Cultura* surge con el propósito de testimoniar el quehacer de los creadores nacionales galardonados con este reconocimiento, otorgado por el Estado venezolano en diversas expresiones, como homenaje a sus innegables méritos, cosechados durante una larga trayectoria dedicada a la construcción simbólica de la República Bolivariana de Venezuela.

PREMIOS NACIONALES DE CULTURA

LITERATURA

JOSÉ TADEO

ARREAZA CALATRAVA

"PARQUE SENTIMENTAL INCIERTO". EL ROMANTICISMO VENEZOLANO
Y LA POESÍA MODERNISTA DE JOSÉ TADEO ARREAZA CALATRAVA

1964

texto de

Alejandro Madero

© Alejandro Madero
© Fundación Editorial El perro y la rana, 2018 (digital)
Centro Simón Bolívar
Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.
Teléfonos: (0212) 7688300 / 7688399.

Correos electrónicos
atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web
www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Redes sociales
Twitter: @perroyralibro
Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana

Diseño de la colección:
Dileny Jiménez
Raylú Rangel

Edición al cuidado de:
David Herrera
Deisa Tremarias

Hecho el Depósito de Ley
Depósito legal DC2018001127
ISBN 978-980-14-4211-0

PREMIOS NACIONALES DE CULTURA

LITERATURA

JOSÉ TADEO

ARREAZA CALATRAVA

"PARQUE SENTIMENTAL INCIERTO". EL ROMANTICISMO VENEZOLANO
Y LA POESÍA MODERNISTA DE JOSÉ TADEO ARREAZA CALATRAVA

1964

DATOS BIOGRÁFICOS

José Tadeo Arreaza Calatrava nació en Aragua de Barcelona (estado Anzoátegui) el 21 de julio de 1885, y murió en Caracas el 1º de mayo de 1970. En 1899 viaja a Caracas para estudiar Ciencias Políticas y Sociales en la Universidad Central de Venezuela, donde se gradúa de doctor en 1907. Desde 1902 colabora para la *El Cojo Ilustrado* como poeta, prosista y dibujante. Publica además en el periódico *Oriente* y en *El Nacional*. En 1909 viaja para España donde ejerce como cónsul de Venezuela en Santander hasta 1912, y ese mismo año a Holanda donde es encargado del Consulado de Venezuela en Ámsterdam, hasta 1914. En España, en 1911, publica su largo poema “Canto a Venezuela”, y el poemario *Cantos de la carne y del reino interior. Cantos civiles*; dos años después, en 1913, publica en París (Francia) su segundo y último libro: *Odas. La triste y otros poemas*. En Europa conoció a los escritores Marcelino Menéndez y Pelayo, Benito Pérez Galdós, Miguel de Unamuno y a Rubén Darío, el poeta a quien más admiraba y su principal influencia literaria, además del francés Gérard de Nerval. En 1915 regresa a Venezuela. Colabora los siguientes diarios y revistas: *El Nuevo Diario*, *El Universal*, *Cultura Venezolana*, *Actualidades* y *La Revista*. Ejerce funciones de abogado en Zaraza, Tucupita, Margarita, Caracas y Ciudad Bolívar. En esta última, en 1917, por iniciativa de una junta de señoras, participa en una velada en honor de los soldados franceses que han quedado ciegos en la Primera Guerra Mundial, donde lee un discurso, el cual fue publicado al año

siguiente. También en Ciudad Bolívar fue miembro fundador de la Sociedad de la Historia, y se le encomendó leer un discurso con motivo de su inauguración. Fue abogado defensor de los militares implicados en la sublevación del 7 de abril de 1928 en contra de la dictadura de Juan Vicente Gómez. Este hecho acarrea su encarcelamiento en La Rotunda, donde permanece hasta 1931. Para esa época ocurre el acontecimiento más triste de su vida: recibe la noticia de la muerte de su padre, hecho que lleva al autor a sufrir la pérdida de sus facultades mentales. Con intenciones de curarlo fue llevado a Trinidad donde estuvo internado en un sanatorio. A la muerte de Gómez regresa a Venezuela. Sin embargo, no logra recuperarse de su enfermedad y en 1962 es internado en una clínica en Caracas, lugar donde permanece hasta su muerte. Dos años después, en 1964, recibe el Premio Nacional de Literatura por *Poesías*, una selección de sus poemas hecha por Óscar Sambrano Urdaneta que fue publicada ese mismo año.

Entre los compañeros de su generación se pueden nombrar los escritores: Andrés Mata, Enriqueta y Alfredo Arvelo Larriva, Juan Santaella y Jacinto Gutiérrez Coll.

PREMIOS OBTENIDOS

(1916). Premio en el certamen de *El Nuevo Diario* por su poema “19 de Abril”.

(1921). Premio de la Academia Nacional de la Historia con motivo del Centenario de la Batalla de Carabobo, por su “Canto a la Batalla de Carabobo”.

(1964). Premio Nacional de Literatura con la obra *Poesías*, en el género Poesía. Jurado: Miguel Otero Silva, Luis Barrios Cruz, Luis Pastori, Pascual Venegas Filardo, Arturo Croce.

“PARQUE SENTIMENTAL INCIERTO”. EL ROMANTICISMO VENEZOLANO Y LA POESÍA MODERNISTA DE JOSÉ TADEO ARREAZA CALATRAVA

*Un amor condenado por el Hado maligno
a ser sombra en mi parque sentimental incierto.*

A. Calatrava

LA NATURALEZA EN EL ROMANTICISMO VENEZOLANO

*El arte, la gloria,
la libertad se marchitan,
pero la naturaleza siempre
permanece bella.*

Lord Byron

El crítico Domingo Miliani en su ensayo sobre el Modernismo titulado *Vísperas del Modernismo en la poesía venezolana*, señala que si en Hispanoamérica el Modernismo culmina en 1888, en Venezuela se extiende unos años más, hasta 1896, e inclusive principios del siglo XX. Sin embargo, muchos de nuestros autores para este periodo siguen siendo en parte románticos. Debido a esta razón se hace necesario dar una visión de lo que significó el Romanticismo en Venezuela y cuales fueron los temas que más importaron a nuestros poetas en esa época. Esto con el fin de

obtener una mayor comprensión del movimiento modernista y de la poesía de José Tadeo Arreaza Calatrava.

Uno de los temas predilectos por nuestros poetas románticos es el elogio a la vida sencilla, temática que tiene su origen en los poetas europeos del siglo XIX con un fin determinado: reaccionar en contra del racionalismo de la Ilustración y el Enciclopedismo. La corriente intelectual de la Ilustración, cuyo movimiento en las artes y las letras se denominó Neoclasicismo, dominó Europa en el siglo XVII y XVIII, especialmente Francia e Inglaterra. Estas corrientes valoraban la razón humana por sobre todas las cosas, despreciaban la cultura popular, las supersticiones, las cuales eran propias del hombre del campo a quien consideraban inferior en comparación con el hombre ilustrado. El Romanticismo surge como reacción en contra de esta visión racionalista y solar del mundo, y valora sobre todas las cosas el sentimiento y la naturaleza. Para el poeta romántico el hombre no domina la naturaleza con su inteligencia, ella más bien tiene el poder sobre él de detener el tiempo por unos instantes y hacerlo olvidar de lo transitorio de su existencia. El poeta inglés Lord Byron expresa magistralmente esta idea en los siguientes versos del poema “La isla”:

Con cuánta frecuencia olvidamos el tiempo, cuando solitarios
admiramos el trono de la Naturaleza universal;
sus bosques, sus selvas, sus montañas, la intensa
respuesta de ELLA a nuestra inteligencia.

Los románticos se acercan a la naturaleza no con la razón, sino de manera afectiva porque con ella sólo dialoga el sentimiento. El elogio de la naturaleza viene acompañado del individuo que la habita y de su forma de vivir. Para ellos éste es un ser puro que

conserva sus facultades intactas y está más abierto para el sentimiento. Prefieren su modo de vivir al del hombre de la ciudad, al que encuentran sumergido en un mundo contaminado por el vicio y el pecado.

Una obra que ha sido considerada como precursora del romanticismo es la novela *Werther* del escritor alemán Johann Wolfgang von Goethe, publicada en 1774. La trama principal de la novela consiste en el amor no correspondido, situación que lleva al protagonista al suicidio, tema que dará mucha tela que cortar en los románticos posteriores. Además de este asunto, otro aspecto que lo hace precursor de este movimiento es la exaltación de la vida y el hombre sencillo. Esta exaltación ocurre cuando Werther hace estancia en un pueblo ficticio llamado Wahlheim, donde convive y queda fascinado por la manera de vivir de los campesinos; el Romanticismo inglés, años más tarde, en 1798, se funda bajo los postulados de esta novela con las *Baladas líricas* de William Wordsworth y Samuel Taylor Coleridge, obra que adopta el elogio a esta forma de vida como parte integral de sus ideas y estética, y hace uso de las palabras y el modo de hablar del hombre del campo. Wordsworth, para la edición de 1800, escribe un “Prólogo” donde confiesa sus propósitos:

Así pues, el objetivo principal que yo me propuse en estos poemas fue escoger hechos y situaciones de la vida ordinaria y relatarlos o describirlos todos, hasta donde fuera posible, mediante una selección del lenguaje que la gente utiliza en la vida real; y, al mismo tiempo, impregnarlos de un cierto toque de imaginación por medio del cual las cosas ordinarias deberían presentarse al entendimiento de un modo desacostumbrado; y además, y sobre todo, hacer interesantes estos hechos y situaciones descubriendo en ellos, de forma fiel y no ostentosa, las leyes elementales de nuestra naturaleza: principalmente por lo que se refiere a la manera que tenemos de asociar ideas cuando estamos

bajo los efectos de la emoción. Se escogió por lo general a campesinos de clase baja porque en esa condición las pasiones esenciales del corazón encuentran un terreno mejor donde poder alcanzar su madurez (...)

Para los románticos —al contrario de los neoclásicos— lo más importante de un poema está en su contenido y no en su forma, esto permite a la literatura un mayor alcance al poderse dirigir a todos, no sólo a las clases privilegiadas de la sociedad. En Venezuela, uno de nuestros primeros poetas, Andrés Bello, admirador de los románticos franceses, especialmente de Víctor Hugo, escribe un soneto de contenido romántico donde desprecia los lujos de la ciudad y manifiesta sus deseos de irse al campo. En este poema, como en su "Silva a la agricultura de la zona tórrida", se encuentra explícito además, su propósito de fundar una poesía donde se destaque el paisaje americano:

Mis deseos

Hoc erat in votis

¿Sabes, rubia, qué gracia solicito
cuando de ofrendas cubro los altares?
No ricos muebles, ni soberbios lares,
ni una mesa que adule el apetito.

De Aragua a las orillas un distrito
que me tribute fáciles manjares,
do vecino a mis rústicos hogares
entre peñascos corra un arroyito.

Para acogerme en el calor estivo,
que tenga una arboleda también quiero,
do crezca junto al sauce el coco altivo.

Felice yo si en ese albergue muero
y al exhalar mi aliento fugitivo
sello en tus labios el adiós postrero¹.

Un poeta posterior, Antonio Ros de Olano, plantea los mismos intereses. En un poema dirigido a la naturaleza, le manifiesta su arrepentimiento por haber preferido la ciudad en vez de ella; ahora desprecia la ciudad, que personifica como una prostituta, a diferencia del campo, al que ve como una mujer virginal alejada de todos los vicios:

En la soledad

Soneto I

¡Santa Naturaleza...!, yo que un día,
prefiriendo mi daño a mi ventura,
dejé estos campos de feraz verdura
por la ciudad donde el placer hastía,

Vuelvo a ti arrepentido, amada mía,
como quien de los brazos de la impura
vil publicana se desprende y jura
seguir el bien por la desierta vía.
¿Qué vale cuanto adorna y finge el arte,
si árboles, flores, pájaros y fuentes
en ti la eterna juventud reparte,

1 Los poemas de Bello y Ros de Olano fueron extraídos de *Antología general de la poesía venezolana*. Escalona-Escalona, José Antonio. (comp.), 1966. Los de Calcaño, Hernández, Muñoz, Lazo Martí, Medina y Maitín de *Las mejores poesías venezolanas* (Tomo 1). Sucre, Guillermo. (comp.), 1958.

JOSÉ TADEO ARREAZA CALATRAVA
Premio Nacional de Literatura 1964

Y son tus pechos los alzados montes,
tu perfumado aliento los ambientes,
y tus ojos los anchos horizontes?

Este tema se repite en los románticos José Antonio Calcaño y Domingo Ramón Hernández:

Hízonos toldo
fresco y sombrío
con tus ramajes
el cafetal;
epitalamio
nos hizo el río;
cantó las nupcias
un cardenal.

(Calcaño, "La hoja")

Busqué otro techo donde abrigarme,
y lo hallé rico; ¡mas ay de mí!
Que yo no puedo nunca olvidarme
del pobre techo donde nací.

(Hernández, "Canto de golondrina")

E incluso entre los modernistas Gabriel Muñoz, Francisco Lazo Martí y Sergio Medina:

Los dones de la gloria apetecida
no anhelo para mí cuando sucumba.

(Muñoz, "En el cementerio")

No más a los afanes de la corte
humilles la altivez de tus instintos
ven de nuevo a tus pampas.

(Lazo Martí, "Silva Criolla")

El viejo rancho.. aldeana plaza...
oh San Isidro labrador, oh santo
del rústico sombrero de cogollo
oye mi ruego campesino....
Si tornadiza la ciudad me niega
lauros y rosas que segó mi hastío
en su jardín de cortesana griega
a una blanca amistad siempre sonrío:
yo soy el hijo pródigo, amor mío,
de la casa labriega.

(Medina, "El regreso").

Estos poetas no harán uso del lenguaje y la forma de hablar de los campesinos como Wordsworth y Coleridge, pero le darán mayor importancia a lo autóctono, lo cual los hace precursores del Criollismo, movimiento que surge como punto de fusión entre el Romanticismo y el Modernismo. El Criollismo es romántico en esencia, y busca además del rescate y exaltación de lo propio, despojar el verso de la rigurosidad clásica. Es por esta razón por la que el poeta romántico no le preocupa la imperfección y lo inacabado; le interesa individualizarse, apartarse de la tradición, para tener la libertad de crear su propio universo.

La relación del hombre con la naturaleza ocurre porque el poeta huye hasta ella como una manera de poder escucharse a sí

mismo, a su corazón, allí cree encontrar afinidades entre ambos. Uno de nuestros primeros poetas románticos José Antonio Maitín, en su “Canto fúnebre”, elegía escrita en la costa de Choroni, a causa de la muerte de su esposa Luisa Antonia Sosa de Maitín, siente el silencio de esa casa sin su presencia y el abandono de la huerta que estaba bajo su cuidado. De la misma forma siente su vida: “Las yerbas devorando los sembrados,/ sin humedad la tierra, sin abono”. Sin embargo, en un momento siente que toda la naturaleza se alegra y no comparte su dolor, situación que lo desconcierta:

Ostenta el sol magnifica su lumbre,
mientras que yo devoro
en triste soledad mi pesadumbre.
¿Tan poco así te mueve Choroni, mi pena?
Tu soledad amiga,
¿por qué se muestra a mi dolor ajena?

(...) ¡Concierto disonante,
horrible, estrepitosa algarabía,
que suena a mis oídos
como la bfea amarga y la ironía
de la implacable y cruel naturaleza,
para quien es lo mismo
el contento, la dicha, la alegría
de un ser que piensa o su mortal tristeza!

Sólo logra tranquilizarse cuando de noche, apoyado en su ventana sin poder dormir, ve una nube negra, entonces da gracias a la naturaleza por haberse enlutado como él, por haber compartido su dolor:

Sólo una nube irregular, oscura,
 como la orla flotante de algún velo
 colgado de una tumba,
 surca en medio de tantas claridades
 ¡oh!, gracias, gracias mil, naturaleza (...)
 no apartes esa nube
 oscura, aislada, solitaria, espesa,
 de ese punto del cielo todavía.
 Con soplo prematuro
 no destruyas tan fúnebre armonía.

Francisco Lazo Martí, considerado el primer poeta del movimiento criollista venezolano, en su "Silva criolla", también sufre la pérdida de su amor, y prefiere que la naturaleza sea silenciosa y no su espejo de dolor; pero en un momento en que ya no puede controlar el dolor, el cual siente que se le desborda, sufre alucinaciones al contemplar la sabana y ve lo siguiente:

Y naufrago en la noche sin ribera,
 mi espíritu se abstira
 pensando que de un mar desconocido
 el llano es una ola que ha caído,
 el cielo es una ola que no cae.

Después que alucina ocurre en la naturaleza lo mismo que ocurre en su interioridad. A causa de su dolor la noche deja de ser lo que era para los amantes: un espacio de intimidad y de desbordamiento pasional, y se convierte en algo insustancial; por si fuera poco la sabana además, se incendia:

Ya las noches no son como eran ellas
 propicias al amor. El cielo oscuro
 a las almas no atrae ¡Grietado muro,

por él se asoman pávidas estrellas!
Ya no brilla inclinada hacia el Oriente
la hermosa Cruz del Sur. Barre las hojas
la ráfaga bravía,
y signando la negra lejanía
serpean ligeras llamaradas rojas.

LA NATURALEZA Y EL PESIMISMO EN LA POESÍA MODERNISTA

En Francia, en el año de 1857, se consagra el Simbolismo con la publicación de *Las flores del mal* de Charles Baudelaire. En este libro el autor siente que ha perdido el apoyo de la naturaleza completamente. La naturaleza es Dios, pero el poeta está "lejos de su mirada" por voluntad propia y del mal, tema novedoso en la literatura, nueva fuente de inspiración para los poetas que no había sido explorada hasta entonces, y que hará a la poesía más libre al desatarla de toda atadura moral. Baudelaire ve en la naturaleza el sentimiento de la alegría y por esta razón le parece algo trivial, estrecho, intrascendente; en cambio, en el sentimiento de la tristeza encontrará mayor riqueza imaginativa, por esa razón ha de proponer otra naturaleza. "Las flores del mal" son pertenecientes a esa otra naturaleza, porque son cultivadas "en las profundas soledades" ("La mala suerte"), y tienen la facultad de evaporarse y elevarse hasta el cosmos como se evapora el placer ("Armonía de la tarde"). El poeta francés también ve en la naturaleza un sentimiento de crueldad, y se sentirá acosado por los bosques que se le asemejan a catedrales cuando dice: "Como las catedrales, me aterrás, grandes bosques" ("Obsesión"). En su visión dantesca de la vida y el mundo, el sol nos "cocina" ("La tapa") y tiene intenciones de matar los sentimientos que él precisa esconder entre las sombras. Éste forma parte de los "soles malsanos", los soles de la época del verano. Esta frase la utilizará un poeta contemporáneo

con él: Stéphane Mallarmé para titular los poemas que le dedica a la primavera y el verano, las estaciones que considera más crueles para su espíritu.

Para Mallarmé la naturaleza es un ser insensible e irónico: se renueva mientras él busca cavarse una tumba donde enterrarse: sólo ve muerte a su alrededor. Esto se hace presente en su poema "Primavera". En otro que lleva por título "Tristezas de estío", la tristeza que el poeta siente en la época del verano la quisiera ahogar en la cabellera de la Belleza, o en sus lágrimas, para poseer la misma "insensibilidad del cielo y de las piedras". El sufrimiento que le causa esta alegría o indiferencia de la naturaleza lo llevará a un deseo mayor: querer que el humo de las fábricas extinga el poderío del sol para olvidarse del ideal y de su propia conciencia, como sucede en el poema "El azur".

Mallarmé siente el peso de la conciencia por un ideal que no puede ser alcanzado debido a que la naturaleza frustra su esfuerzo; uno de nuestros máximos poetas: Juan Antonio Pérez Bonalde, considerado precursor del Modernismo en Venezuela, tiene una sensibilidad semejante. En el poema "Primavera" siente al igual que él el invierno en su espíritu, pero en vez de rechazar la estación de las flores como el poeta francés, la celebra deseando su llegada para todos, en un fragmento del poema dice lo siguiente:

¡Oh primavera hermosa!
Todos te aguardan con amante anhelo
como a la dulce, la propicia diosa
mensajera divina de consuelo;
todos te aguardan con el alma henchida
de gratas ilusiones,

de esperanza de vida,
¡de ardorosas pasiones...!
Sólo yo nada tengo que ofrecerte
sino frío de muerte
que jamás templará tu ardiente rayo;
¡Jamás!, ¡jamás!... que el resplandor fecundo
pasó por siempre de mi hermoso mayo;
y hoy sólo en lo profundo
de mi pecho se anida, acumulada,
la nieve de la duda,
la soledad del desencanto, fría,
la nublosa estación helada y ruda,
el invierno del alma desolada.

Sin embargo, al final descubre que la llegada de la primavera
es una vana ilusión. Aunque ella llegue, la de su alma jamás ha de
resucitar:

¡Ilusión!, ¡ilusión!..., la dicha cierta
de la fe y el amor, después de muerta
no resucita más. Vuelven las aves,
recobra el aire sus azules velos,
renacen en la mar las brisas suaves,
vuelve la flor que las campiñas orna,
vuelve la primavera de los cielos,
¡la del alma jamás, jamás retorna!

En el poema “Vuelta a la patria” siente el mismo envejecimiento prematuro que Mallarmé, su mismo malestar. Al ver a los pescadores en la costa envidia su ligera conciencia, le parece que están en un tiempo estático, en una juventud perenne, como también ve los botes, el mar y la costa; lo único que desentona es él,

que ha regresado como un anciano. El “oficio de pensar” en contraste con el “oficio de pescar” le parece inhumano:

Allá van los humildes pescadores
 Las redes a tender sobre la arena;
 Dichosos que no sienten los dolores
 Ni la punzante pena
 De los que lejos de la patria lloran
 (...)

Son los mismos que un día,
 Siendo niño admiraba yo en la playa
 Pensando, en mi inocencia,
 Que era la humana ciencia,
 La ciencia de pescar con la atarraya.

Este pesimismo de Mallarmé en Francia y de Pérez Bonalde en Venezuela no son casos aislados. Es un sentimiento colectivo que surge a finales del siglo XIX y que Chateaubriand llamó “mal del siglo”. Una Ilustración pobre y un Romanticismo agónico incapaz de crear símbolos capaces de dar un sentido a la vida dan lugar a una crisis existencial. Estos poetas sienten que han llegado a una vejez prematura. Las razones: el conocimiento exacerbado, la falta de sentido y creencias. También la padeció Arreaza Calatrava, como los modernistas: Alfredo Arvelo Larriva, Rubén Darío y José Asunción Silva. Este último lo describe de una manera jocosa en el siguiente poema:

El mal del siglo

El paciente:

—Doctor, un desaliento de la vida
 que en lo íntimo de mí se arraiga y nace,

el mal del siglo... el mismo mal de Werther,
de Rolla, de Manfredo y de Leopardi.
Un cansancio de todo, un absoluto
desprecio por lo humano... un incesante
renegar de lo vil de la existencia
digno de mi maestro Schopenhauer;
un malestar profundo que se aumenta
con todas las torturas del análisis...

El médico:

—Eso es cuestión de régimen: camine
de mañanita; duerma largo, báñese;
beba bien; coma bien; cuídese mucho,
¡Lo que usted tiene es hambre!...

A pesar de poseer una obra dominada por un gran vitalismo, a Darío, máximo exponente del Modernismo hispanoamericano, no se le escapa un sentimiento de envejecimiento prematuro precisamente en un poema de *Cantos de vida y esperanza*. Su famoso poema “Canción de otoño en primavera” fue compuesto en 1897, a la edad de treinta años, y en él escribe los famosos versos:

Juventud, divino tesoro,
¡ya te vas para no volver!
Cuando quiero llorar no lloro...
y a veces lloro sin querer...

Arreaza Calatrava, en 1905, más joven que él, a los veinte, ya tiene una conciencia pesimista de la vida y el mundo. Dice en “Divagaciones”:

Y tan viejo soy ya, que en mis veinte años
me digo: es el vivir por buena suerte

la belleza de todos los engaños
que prolonga otro sueño: el de la muerte.

Y con mayor pesimismo:

Yo acaricio el viejo espectro crepuscular de mi vida
con matices de cadáver en descomposición.

El autor de *Cantos de la carne y del reino interior* escribe a la vez con elementos románticos y modernistas, y en su relación con la naturaleza, experimenta el paso del Romanticismo al Modernismo. El poeta, en 1913, dice lo siguiente: "Las lágrimas de los ojos y el hilo de sangre de los pechos heridos, proclaman nuestra humanidad, y el dulce paisaje, amigo del hombre, sueña y sufre con nosotros". Pero diez años más tarde, en 1923, cambia de parecer y afirma todo lo contrario: "El campo es bello, pero el hombre es triste"; es decir, la naturaleza se muestra como algo aparte y la primavera estalla victoriOSamente con indiferencia ante él. La tristeza que causa la sabiduría la expresa en el siguiente poema:

Viacrucis sentimental

Triste figura es mi vida callada.
¿Adónde va como en jaula encantada,
sin Rocinante, ni escudo, ni espada?...

¡Fiera ironía de brujo enemigo!
¡Ay!, por la senda que extático sigo,
sierpes acechan del lauro al abrigo,

dan los rosales efluvios infectos,
y mis ensueños, memorias y afectos
tórnanse morbos y viles insectos...

purpúrea y bella vi más de una rosa.

Las vi caer en dolencia viciosa,
o en fealdad de egoísmo y de prosa.

En mis eriales tembló una azucena.

¡La rosa es dura! ¡Ella es blanca, ella es buena!

¡Y miré roja su pálida buena!...

¡Ay, cuán amargos mis pasos inciertos!

Por metafísicos, focos desiertos
marchan mejor los inmóviles muertos...

¡Ciega, vacía febril existencia!

Yo no sé amar. Fausto ahító de ciencia,
siempre que amé me dolió la conciencia...

¡Ay!, la conciencia mis úlceras sonda.

Tal perforara guijarro de honda
graso cadáver podrido en la fronda.

¡Oh Vida!, fruta fatal, prohibida.

En ti el gusano al roer tu podrida
pulpa, engendra renuevos de vida...

¡Fruta gloriosa de sangre y de oro,
fruta de entraña mortal! Pues devoro
tu muerte, ¡salve al gusano sonoro!

Mi hambre sin fin es un canto a la Vida;
y la manzana fatal y podrida,
trémulamente amor encendida.

¡Oh el dulce Amor y su trágica huella!
¿Esta divina dulzura de estrella
en mi prisión?... ¡El recuerdo de Ella!

El autor, en este poema, se siente como un sabio incapacitado de amar, por esa razón, en su obra se identifica con Fausto, personaje del drama homónimo de Goethe. La trama de esta obra gira en torno a un anciano sabio cuyo propósito es aprender todo lo que un ser humano puede llegar a saber. Para ello recurre a la religión, la ciencia y la magia. Sin embargo, sus esfuerzos serán en vano, al final descubre que es muy poco el conocimiento que se puede obtener en el breve lapso de tiempo que dura la vida del hombre, y comprenderá un viejo aforismo hipocrático que dice lo siguiente: "El arte es largo y la vida breve". Consciente de esta realidad decide vender su alma al diablo a cambio de que éste le conceda el deseo de volver a ser joven y conseguir el amor. En el poema "Una escena del Fausto", Arreaza Calatrava reconstruye un momento de esta obra, en que Fausto se hace pasar por un joven llamado Enrique para poder hablar con Margarita, la joven que pretende enamorar. En este diálogo queda manifiesto el pensamiento de Arreaza Calatrava, quien cree que en el amor existe un alto contenido de maldad, presente sobre todo en la sensualidad:

Hiriéndome con su viva
mirada de pensamiento,
me interroga: —Dime, Enrique,
¿crees en Dios?... El texto leo
de sus ojos donde explica
la Gracia todo misterio,
y con calor de infancia
que en mi corazón conservo,
doy vida a humanas palabras
en que triunfa el sentimiento.

(...) ¿No creer en Dios, mi niña,
cuando tus ojos nocturnos
me hablan de Él con su silencio!...

(...) Y con su grave ternura,
me dice:—porque eres bueno,
adoras la inmensa llama
de que es mi amor un destello;
pero al tratar de las cosas
 santas, tu tono ligero
me hace pensar que aún hay sombras
en tus ojos y en tu pecho....
¡Te falta la fe, te falta
esa lámpara del Cielo!
La encendiera con mi vida...
¡Ah! Enrique, cuando en el templo
me miras, llego a olvidarme
—ángel malo!— de mis rezos...
Me hace daño tu mirada,
cuando por ti a Dios le ruego...
¡Mi oración, que es débil, siente
en sus alas tan gran peso!...

EL TEMA DEL MAL. LA MODA DE LA ÉPOCA

Arreaza Calatrava es incapaz de sentir la bondad del amor procedente de Dios, por esta razón, prefiere cantarle a la pasión del mal, en el cual el bien culmina . El siguiente poema refleja las grandes diferencias que existen en la manera de hablar de la mujer entre poetas románticos como Maitín, Lazo Martí, Pérez Bonalde y este poeta modernista:

Tentación

Con tu boca sensual, y tu lozana
morbidez, y las gemas de tu cuello,
el luto pecador de tu cabello,
tu fina oreja y tu pupila arcana.

En el cuadro mural de la ventana,
soñando algún capricho raro y bello,
del maligno crepúsculo el destello,
finges una indolente cortesana.

En tu propicio éxtasis te veo.

Tu palidez un poco dolorosa
agrava y sutiliza mi deseo.

Y mientras el crepúsculo vacila,
se enciende la encarnada mariposa
que está en flor de tu corpiño lira...
ha tiempo entre tu alcoba perfumada
por tu carne otoñal mi verso ronda,
besa tu piel y duérmese en la fronda
lasciva de tu trenza destrenzada.

El alma de mi verso es red dorada
de tus éxtasis vagos en la onda,
enigma en tu sonrisa de Gioconda,
arcano de pasión en tu mirada.
Y en tanto Venus se estremece y arde
en campo lila de matices rojos,
mi verso es como el alma de la tarde;
espejo de la tarde tu sonrisa,
y a mi carnal delectación, tus ojos
las negras hostias de una negra misa...
Mi voz lleva en tu oído esa insinuante

melodía que en ondas voluptuosas,
les absorbe el espíritu a las rosas
de la caricia en el jardín galante.

Venus deja caer polen radiante,
y tu boca rosada y tus umbrosas
pupilas, son corolas temblorosas
bajo el oscuro soplo fecundante...

Pero tu fina voz —florete en juego—
con sus ágiles burlas no da tregua
a mi declaración llena de fuego.

Tu risa es cascabel de tus locuras,
y yo evoco una blanca y veloz yegua
que relincha en la paz de las llanuras...

En los poemas “Una escena de Fausto” y “Tentación” encontramos características del Romanticismo y el Simbolismo, respectivamente. En el primero el amor tiene una carga religiosa explícita: amar es de alguna manera ser bueno e idolatrar a Dios. La mujer es vista como un ser ideal, no como un instrumento de placer. Por esta razón, el desenlace perfecto de una obra romántica es el amor no correspondido o frustrado. En cambio el Simbolismo y el Decadentismo sí se interesaron por el erotismo en autores como Paul Verlaine, Stéphane Mallarmé, Pierre Louÿs y Charles Baudelaire. Estos dos últimos escriben poemas donde se describen actos sexuales entre mujeres, los cuales fueron considerados un escándalo para la época, son: *Las canciones de Bilitis* de Louÿs, y la serie “Mujeres condenadas”, poemas pertenecientes a *Las flores del mal* de Baudelaire. Rubén Darío recibe la influencia de estos escritores, sobre todo la de

Verlaine por su religiosidad mezclada de sensualismo, influencia que también recibe José Tadeo Arreaza Calatrava. Darío no opone la carne al espíritu, para él son una misma cosa. En un poema de *Cantos de vida y esperanza* la exalta con un oxímoron, uno de los recursos preferidos del movimiento: “¡Carne, celeste carne de la mujer!”. Para Darío la mujer es algo que va más allá de las nociones del bien y del mal, dice más adelante en el mismo poema:

¡Tu boca sabe al fruto del árbol de la Ciencia
y al torcer tus cabellos apagaste el infierno!

La sensualidad de la poesía de Arreaza Calatrava, al igual que la de Darío, viene acompañada por “el uso de adjetivos de contenido religioso, devoto o litúrgico para dar un picante sabor de pecado” (Paz Castillo). Lo místico y lo sensual están presentes en muchos de sus poemas. En el poema “Adiós” de *Odas. La triste y otros poemas*, dice: “Seno que huele a Dios y hembra”, pero en el poema “El fauno místico” ocurre un conflicto entre lo religioso cristiano y la sensualidad pagana. El fauno es comparado con Cristo. Un fauno hecho estatua es una absoluta contradicción. Al estar encerrado en la piedra es ciego, inmóvil e incapaz de satisfacer su placer, deja de ser el dios invulnerable que era para convertirse en un Cristo sufriente que lleva en sus espaldas todo el dolor humano. Ahora su espíritu es distinto:

El fauno místico

Para un jardín galante, un perfecto cincel
en pentélico bloque modeló un fauno. El mal
no clava en ese pecho de piedra su puñal,
ni esos labios risueños empapó con su hiel.

El artista impecable a quien diste un laurel,
en tu irónico mármol reveló su ideal,
¡oh fauno que entre el llanto de la tarde invernal,
indiferente luces tu sonrisa cruel!...
Pero es carne tu mármol, ¡oh dios menor! La mano
que te arrancó a la piedra, te dio el calor humano.
De tu ceguera emana melancólica luz.

Acechas el fantasma de un placer que no existe.
¡Un espíritu nuevo la carne te hace triste,
y amas con la tremenda locura de la Cruz!...

Lo místico y lo sensual también están presentes en el siguiente poema, donde el poeta dice tener un sentido específico para el dolor, y otro para el placer:

Visión angélica del mal

En la carne del crepúsculo una ilusoria amatista
difunde, como un efluvio, su matiz arzobispal.
Con casulla de violetas, un Sueño pre-rafaelista,
en el copón del Ocaso echa una perla fatal.
Yo acaricio el viejo espectro crepuscular de mi vida
con matices de cadáver en descomposición.
Y el paradojal no ser de mi alma desasida
de toda cosa deshoja todavía una ilusión...

El parque se hace fantasma. En reposo, mi figura
reviste, toda enlutada, este cuerpo astral de luz.
Mis labios de viejo sátiro sonríen con amargura.
Cruza mis ojos la inmensa desolación de una Cruz.

Con lentitud se insinúa en la extraña transparencia
la emoción de la presencia de un ambiguo serafín.
No saben mis pensamientos de esa invisible presencia,
los pensamientos de culpa que alucinan mi jardín...
Y a un aroma de dolor, ¡ay!, más dulce que un placer
abre con delicia suma los ojos de mi corazón:
Del vacío, la alma carne de una mística mujer
emerge... Una tiorba gime su seráfica aflicción...

El beato Fra Angélico miró en sueños esa faz.
El cuerpo es un alto lirio envuelto en celeste tul.
De los ojos de Ella emanan sueños de suprema paz,
y su carne transparente revela el misterio azul.

Caballero del Ensueño (¡que el Señor mi ensueño guarde!),
caigo en éxtasis (el Dante bien lo pudiera expresar),
y pienso en Aquella que viniendo a mí, llegó tarde...
¡La mujer que en una estrella yo hubiera podido amar!

Altos lirios la rodean, blancos en la luz violeta
de mi duelo, alburas místicas del paradisiaco Abril.
Ellos son la voz de Ella. Mi corazón de poeta
los copia en la transparencia de su pupila infantil...
Y se abre en mi pecho entonces la más encendida rosa
de dolor. Y mientras ardo en un martirio triunfal,

Ella me cierra los ojos con su mano milagrosa,
milagrosa como el opio de lo Sobrenatural...

y así, en sueños, vivo un siglo... ¡Oh Ensueño!, no me preguntes
por qué te abandono: ¡toda eternidad tendrá fin!...
Despierto... —Un vulgar paseo, luces de gas, transeúntes—.
¡Mi jardín maravilloso!... ¡La Visión de mi jardín!...

Este poema también hace referencia a otro de los motivos importantes en la obra de Arreaza Calatrava: la hora del crepúsculo —la hora predilecta de los simbolistas— es también la preferida del autor, la cual considera como la “más poderosa rítmica y musical de las horas” (“Nota” al poema “Fantasía del crepúsculo”). Esto por la siguiente razón: es un momento en que la sensibilidad del poeta se encuentra a flor de piel. Es la hora de la memoria, del vuelo imaginativo; pero sobre todas las cosas la hora en que el ser humano se hace más consciente de su sufrimiento, el cual es considerado por el poeta un premio: “Divino crepúsculo que nos concede en premio de haber sufrido durante el día (empleemos una expresión religiosa) por la Carne, por el Mundo y por el Demonio....” (Ídem). Es preciso destacar este tema porque es central en la obra del autor. Para el poeta el dolor es miel. Tiene la facultad de ampliar sus sentidos, hacerlos más sutiles. Significa la supremacía de su espíritu y conciencia sobre todas las cosas, y le permite soportar todas las dificultades que se le presenten. Disfrutando la tristeza o entendiéndola como un estado de purificación, cree Arreaza Calatrava, el hombre puede dejar de sufrir. En el poema “Convalecencia”, el poeta siente que se rejuvenece al sentirla, esta tristeza viene acompañada de la soledad, y a ambas las considera bendiciones:

Convalecencia

Una amable tristeza, una mimosa
tristeza... ya no sufro. ¡Mi marchita
juventud se renueva! ¡Esta bendita
soledad de la tarde milagrosa!...

En mi frente cordial aura se posa
con suavidades castas de Hermanita:

desde el viejo rosal que resucita
 viene a traerme un fresco olor a rosa.
 ¡Y esta mística tarde con su encanto
 de idilio!... ¡Son tan dulces y tan fieles
 sus caricias mojadas por el llanto!
 ¡Mi sangre lenta es un fluir de mieles;
 y en la sagrada expectación del Canto
 mi corazón un bosque de laureles!...
 ¡Tengo sed de cantar! Como un divino
 licor mi sangre fluye. Me incorporo,
 visionario del lírico tesoro...
 ¿No es el canto mi espada y mi destino?

Entre la selva hostil me abro camino,
 de Orfeo con el ímpetu sonoro.
 Por la cadena musical de oro
 conduzco al bello y trágico felino...

y es como si en la selva palpitará
 un formidable corazón jocundo:
 ¡la presencia de un dios la selva aclara!
 ¡Y el río de mi vida es tan profundo,
 que si el cósmico flujo se agotara,
 henchir pudiera el corazón del Mundo!

Porque el dolor es miel además de Fausto, los personajes de mayor interés para Arreaza Calatrava son el Quijote y Sancho. Sobre esta novela de Cervantes el autor compuso varios poemas como “El hambre de Sancho”, “Don Quijote en el infierno”, “El libro de Cervantes”. Arreaza Calatrava entiende sus andanzas desde el punto de vista religioso: soportar el dolor gracias al orgullo, la moral y la sencillez crean una fuerza espiritual capaz de

vencer las privaciones y las dificultades. Dice en “El hambre de Sancho”:

Grave es el mal, pero en la vida
al Dolor vence la Paciencia.
Triunfa de toda acometida
esa espiritual resistencia.

El poeta asegura que el Quijote gracias a su fuerza de espíritu, jamás fue vencido por la muerte y lo imagina continuando sus aventuras en el infierno. En el poema “El libro de Cervantes” lo compara con Cristo, y le pide que le otorgue su fuerza para poder acometer la dura empresa de cumplir sus sueños:

¡Mío Don Quijote, dulce y heroico como Cristo!
¡Por tantas injusticias y traiciones que he visto,
da a mis sueños la fuerza que han menester! (...)

La poética de Arreaza Calatrava queda resumida en los últimos versos del poema “Convalecencia”: “¡Y el río de mi vida es tan profundo,/que si el cósmico flujo se agotara,/henchir pudiera el corazón del Mundo!”. No sólo le canta a la sensualidad, también al sentimiento, al mundo interior del poeta, el cual considera su reino. El autor expresa que a la poesía la mueve un sentimiento intuitivo, instintivo, no racional: “Cuando el hombre trata de revelar con la palabra un sentimiento interesante, obra al influjo de un impulso interior, más o menos eficaz, pero siempre apreciable. Quiere decir su verdad. Quiere sacar a lucir su belleza” (“Nota” al poema “Fantasía del crepúsculo”). Este impulso conduce al poeta al conocimiento de sí mismo, y a ser modernista aun sin proponérselo:

El modernismo es un fenómeno de la economía espiritual, tan necesario e inevitable como el de la evolución de las ideas y de los gustos. A medida que se progresá en el estudio de uno mismo, se es más modernista, sin pensarlo, aun cuando repugnen al ánimo tales o cuales manifestaciones del fenómeno (Ídem).

Sin embargo, el conocimiento de sí mismo no siempre es un mundo de belleza y felicidad, también genera angustia, la angustia de la fragilidad del ser, como se expresa en el siguiente poema:

Dentro de mi yo

Nervio en tensión terrible y dolorosa,
en mí siento vibrar la nota extrema
del ser y del no ser, la voz suprema
del vacío... ¡Voz muda y espantosa!...
pasa el viento que mueve toda cosa,
y es como brasa que mi frente quema.
¡Y él me trajo el erótico poema
de la dulce fragancia de la rosa!...

En combate interior sufro y batallo;
y luchando, a mí mismo no me hallo;
y mi informe enemigo soy yo mismo.

Y es supremo mi grito, pero callo.
Y extrema mi tensión, pero no estallo.
¡Y estoy solo en el puente del Abismo!...

“El mundo interior” aunque pareciera de índole romántica, responde a una visión simbólica de la poesía. Arreaza Calatrava continúa a Baudelaire y su concepción del mundo y el universo

como un bosque de símbolos que el poeta debe descifrar en su poema “Correspondencias”. Estas correspondencias hablan de la existencia de dos mundos: uno sensible y otro espiritual, entre ambos existen secretas afinidades. El autor de *Canto de la carne...* habla del mismo bosque y del Todo en el poema “El poeta”:

El poeta

Siendo Poeta, soy un árbol de dolor
Descubríos! La selva es una catedral!
Resonante columna de esperanza y amor,
así levanto el Bien y así soporto el Mal...

El corazón del Cosmos produce mi rumor:
Yo doy toda la música de la selva inmortal!...
A veces en mis ramas se posa un ruiseñor,
y es un delirio mágico de notas de cristal.

La cabeza en lo azul y los pies en el lodo,
late en mí la sonora unidad del gran Todo
y mi ser transparento en mi vago rumor.
Si el ruiseñor te veda su cristalino trino,
para ti el soplo obscuro del misterio divino
mueve mi fronda. ¡Soy un árbol de dolor!

En su nota al poema “Fantasía del crepúsculo”, lo confirma:

Y como la esencia del símbolo consiste en el sentimiento de una unidad superior, de una forma representativa más absoluta y verdadera, algo así como la visión de una esfera ideal cuya azul redondez se nos revelara al contacto de un punto material de su superficie, yo pienso que toda obra de arte, imagen de un momento de la vida, tiene carácter de símbolo.

Las “afinidades” de las que hablaba anteriormente se consiguen mediante un recurso poético llamado sinestesia, el cual consiste en fusionar todos los sentidos: se puede oler un sabor o también captar lo insensorial. Los modernistas recurren a este recurso y también Arreaza Calatrava, quien en sus poemas dice ser capaz de escuchar el sueño y el silencio, como también oler el recuerdo y el dolor: “La infinita melodía de los sueños” (“Una escena de Fausto”), “el inefable aroma de su recuerdo” (“Emma”), “musical silencio” (“En la noche viva”), “un aroma de dolor, ¡ay!, más dulce que un placer” (“Visión angélica del mal”).

El tema del mal en Arreaza Calatrava, además de ser tratado desde el punto de vista del pecado, la sensualidad y la purificación que trae el dolor, también es visto a la manera frívola de los poetas modernistas quienes tienen al París elegante como su principal fuente de inspiración. A propósito de esto dice Fernando Paz Castillo en *De la época modernista*:

No fue Francia la que amó principalmente el modernismo, sino París. El París mundano, cosmopolita y sentimental, en el que la muerte adquiere un sentido frívolo y elegante en Margarita Gautier; y en los bohemios de los bulevares se refugia el romanticismo de fin de siglo, cuando mellados sus nobles resortes, pierde heroísmo.

Por esta razón, el autor en el poema “A Mefisto (Esuela amistosa)” se refiere al diablo de una manera jocosa. Prefiere especialmente al Mefistófeles de Goethe y no al Satán tradicional. Como sabemos, en el *Fausto* de Goethe, Mefistófeles es un diablo moderno que quiere compartir los mismos cambios culturales de la ciudad: se hace pasar por un *dandy* al vestirse a la moda de la época. Esto lo hace con un fin determinado: al confundirse con alguien común y corriente gana eficacia a la hora de hacer el mal. Cuando en un

momento de la obra lleva a Fausto a casa de la bruja para que le prepare el elixir que le devolverá la juventud, ella no lo reconoce y le arroja fuego por la boca; sólo hasta que Mefistófeles la insulta se da cuenta de quién es, y le ofrece disculpas. Así sucede en el drama:

BRUJA: ¡Oh, perdonad, señor, el descortés recibimiento! Pero ¡como no vi la pezuña!... ¡Y qué habéis hecho de vuestros dos cuernos?

MEFISTÓFELES: ...También al diablo le encandila la cultura que a todo el mundo emboba; ya no se ve por parte alguna al fantasma hiperbóreo. ¿En dónde ves tú cuernos, rabos ni garras? Y por lo que hace a la pezuña, de que no puedo prescindir, me perjudicaría delante de la gente; por eso hace muchos años que, imitando a más de un joven, gasto pantorrilla postiza.

Arreaza Calatrava lo describe de una manera muy similar en "A Mefisto (Esquela amistosa)":

¡Oh, diablo mundano y fino,
gato embrujador de viejas!
Te pido el rojo vestido
de salamandra elegante,
tu aire seco y distinguido
de demonio bien nacido,
tu mostacho retorcido,
ese rictus lacinante.

(...) Bien vales más que el dantesco.
Satán peludo y ascoso,
diablo antiurbano y grotesco,
clásicamente espantoso!

TEMAS EXÓTICOS Y PATRIÓTICOS

El Modernismo, además del sentimiento de pesimismo que hereda del Simbolismo e interesarse por el mal “exquisito” y la sensualidad que representa la mujer, también gusta del exotismo y la mitología y la evasión espacio-temporal de la realidad cotidiana. Arreaza Calatrava siente atracción por otras culturas, en especial la española. En España el poeta vivió durante tres años, desde 1909 hasta 1912, allí ejerció funciones de cónsul y publicó su primer libro de poemas en 1911 *Cantos de la carne....*, por eso siempre la recuerda con especial emoción. En el siguiente poema hace referencia a una experiencia personal vivida en ese país:

Aventura

La ahumada transparencia del cristal de este día
me evoca una aventura de cónsul incipiente.
Fue en Puente-Viesgo -aguas azules, viejo puente-
linda tierra de España que en el recuerdo es mía.
No lejos de la aldea, un castaño había,
campo de mi aventura. (Ministro providente,
del buen árbol que brinda la castaña caliente
hizo tema patriótico de oficial poesía).

Era entrada la noche, cuando un desplome de aguas
en mitad del plantío me cogió sin paraguas
Acórreme, por suerte, gracia de frescos años,
moza ducha en andanzas como Santa Teresa.
Dióme fuego, castañas y una boca de fresa...
Y tal fue la aventura dicha de los castaños

En este otro dedicado especialmente a Galicia, hace uso magistral de la aliteración y de las técnicas modernistas donde la forma, “el ritmo” prevalece sobre el contenido:

Galicia

Gaita galaica, gire la danza
en torno al grave roble floral.
Ella se esquiva, él se abalanza...
¡Arda la alegre caza nupcial!

El Sol la loma túrgida alcanza,
pezón que muerde boca jovial,
y la mocita con su esperanza
de dar las rosas de su rosal...

Alegre gaita, ¡la melancólica!,
y la danzante gracia bucólica
con su morriña, con su pasión.
Mocita y gaita, ¡toda Galicia!
Danza amorosa... voz de caricia...
sombras y hogueras del corazón...

Otro de los temas preferidos por los modernistas es cantar las fechas tradicionales. Lo hacían, según Paz Castillo, para: “sorprender en ellas, gracias a la nueva sensibilidad y expresión, como frescos aspectos —recreaciones— dentro de la fluencia histórica” (*De la época modernista*). Arreaza Calatrava le canta a varios sucesos históricos como “El 19 de abril”, “La Batalla de Carabobo”, y a personajes como Luisa Cáceres de Arismendi, Rafael Arévalo González; pero hace algo absolutamente novedoso en nuestra lírica: le canta además al ingeniero de minas,

al encargado de hacer extraer el petróleo: la salvación de la Venezuela moderna. Él, entonces, es nuestro héroe. Se trata del “Canto al ingeniero de minas”. Fue publicado originalmente en la revista *Cultura Venezolana* en 1924. Este largo poema completamente antirromántico aparece en muchas antologías de la poesía venezolana por su carácter innovador. Una idea general de su sentido la expresan los siguientes fragmentos del poema:

Pero tú eres del mundo,
¡oh ingeniero!, Mecánico organismo
junta los hombres y hace más profundo
el salmo del varón sobre la Tierra.
¡La Humanidad es máquina en ti mismo
y te pide metal para su guerra!

Vas, destrozas llanuras y montañas,
purgas de sangre negra sus entrañas,
y es tu carbón rayo del pueblo fuerte.
¡Perforadora, horadal!... ¡Ya el petróleo
se lanza en chorro altísimo de fuego!
¿Unción de las labores? ¿Áureo riego?
¿Crisma del Diablo? ¡Es tuyo el virgin óleo
de tus dulces entrañas Venezuela!...

Con esto damos por concluido este ensayo sobre la poesía romántica venezolana y la poesía modernista de Arreaza Calatrava, autor de una obra breve pero de temática muy variada. Quisiera cerrar con una cita de Mariano Picón Salas donde señala su doble faceta: el poeta combativo y el poeta intimista, explorador de su interioridad, dice:

"El canto a Venezuela" y "El canto al Ingeniero de Minas" cuentan entre las expresiones más puras y potentes de una moderna épica nacional. Pero el poeta combativo de los *Cantos civiles* también lograba dar en el libro *La triste* un testimonio de refinada voluptuosidad, un extraño arte de la angustia y del hastío amoroso (*Literatura venezolana*).

ANEXOS

(Nota al poema “Fantasía del crepúsculo”, por José Arreaza Calatrava)

La hora del crepúsculo es la más poderosamente rítmica y musical de las horas. En su danza litúrgica de hipnóticas suavidades, se escorzan esguinces e ímpetus de pasión, que sugieren la religiosa alegría de la Lucha. La Hora se acerca o se aleja danzando, por sobre las fragosidades de una montaña, a través de nieblas sonrosadas y de violentas crestas incendiadas de sol. ¿Es la Aurora? ¿Es el Ocaso?...

A la palabra crepúsculo, el poder emotivo de la Tarde y de la Noche nos hiere deliciosamente la sensibilidad. Se diría que somos la Tierra, con sus selvas y sus ciudades, con los terribles dramas de la Naturaleza, siempre primitiva, y con todos los refinamientos humanos de la miseria y del placer, con el zarpazo del leopardo y con la sonrisa pintada de la prostituta; se diría que somos la Tierra, y que ríos de lágrimas nos surcan, ríos que convierte en sangre la roja mirada del Poniente, y que la Noche se tiende sobre nosotros como la copa de un árbol gigantesco, árbol de sombra religiosa, entre cuyo follaje de misterio presente el alma los dorados frutos de la ciencia del Bien y del Mal.

En el vivo crepúsculo vespertino se agrava y magnifica el sentido trágico de la vida. El reflejo de las eternas pasiones juega deliciosamente con nuestro cielo interior como con una maravillosa

concha de nácar. Un cordial abrazo de sentimientos enemigos, que hagan la paz en nuestro corazón, nos pacifica con unción cristiana y cristianamente nos insinúa al mismo tiempo que ese reposo es tregua pasajera, porque es necesario recomenzar la lucha al día siguiente, bregar con nuevas fuerzas y con más encendidos ardores, seguir bregando con el alma en carne viva por la conquista imposible de la Sombra...

Divino crepúsculo, cuya paz guerrera nos hiere y nos exalta con un desconocido anhelo que no sabemos si es sed de mayor vida o ansia gozosa de morir.

Divino crepúsculo con todas sus guerras, con todas sus variadas y múltiples guerras; campo en que hierven —¡con qué calma aparente!— los gérmenes de todas las guerras, ¡de todas las guerras!... ¿Habéis sentido esto?

Divino crepúsculo que nos concede en premio de haber sufrido durante el día (empleemos una expresión religiosa) por la Carne, por el Mundo y por el Demonio... ¡Guerras de la necesidad del hombre en todos los campos! ¡Guerra del Arte y de la Gloria! ¡Guerra del Amor y de la Lujuria! ¡Guerra del Pan y de la Política! ¡Guerras del Imbécil y del Canalla, que bullen y murmurran al lado de nosotros y dentro de nosotros mismos!... ¡Y, sobre todo, guerra de la Inteligencia, guerra de la Forma! ¡Sublime guerra de la Imposible Serenidad!...

Figuraos que en la guerra del Amor yo me reposo un instante en una pasajera forma de belleza, bajo la paz elocuente del crepúsculo. Ella suspira a mi lado. Las riberas “bordadas de palmeras” dilatan su abrazo pacífico en torno al mar, tan tornadizo y tan inmutable a la vez. El viejo monstruo clásico, camaleón que oscila entre las apariencias del cielo y de la tierra, mar lejano de la sencilla y eterna forma, se abraza a las riberas con blandas y rítmicas palpitations. Una campanada cristalina atraviesa, con el temblor de una lágrima, la serenidad de la hora. Mueve de la cercana ermita,

o tal vez del fondo de los mares. La sonoridad de un son de flauta se insinúa allá por las vagas florestas. Es mi demonio familiar, mi viejo sátiro. San Francisco de Asís debe de andar cogiendo por la umbría sus humildes florecitas que pronto brillarán en el cielo.

Ella suspira a mi lado. Y porque la siento grave como la tierra, y porque tengo un temor inconfesado y cobarde a este pesado espíritu de la tierra, la invito a aligerar el peso del alma y de la vida con las alas de los sueños. Siento latir en su pecho de virgen la virtud del grano que comienza a arraigar y que al abrirse, en su preñez de vida, parece hablarme de futuras cosechas que no han de ver mis ojos. Y un vago miedo religioso me impide arrancarla de la tierra, arrebatarla en un torbellino de imágenes a la mentirosa región de los sueños.

No abandonamos la tierra en nuestro vuelo. A través de los lejanos países, alas invisibles nos conducen, cuyas vibraciones mantienen ligado nuestro vuelo al fecundo corazón de la tierra. Nos baña la fantasía el caliente limo de los pueblos y de las razas. Toda la tierra exhala a nuestro paso su vapor de lágrimas, con las que juega gloriosamente el sol del verbo. Todas la patrias nos dicen, al pasar, una palabra significativa.

En el ansia del vuelo, ella mantiene envuelta mi palabra en su aliento, como un celaje del cielo patrio, o una castísima sed de realidad humana enciende sus labios acostumbrados a la miel ascética de la plegaria. Nunca la presentí tan fecunda. ¡Es la patria misma!... Solo, frente a ella, como en presencia de un acto olímpico, siento que en mis manos se transfigura la blanda lira del amor en épica trompa hecha a cantar la cólera y la serenidad de los Dioses. Es que los vientos de todas las guerras luchan por revelarse en mi lira, y así brota de sus cuerdas el canto de América, de mi Venezuela y de mis Llanos natales.

Mi Venezuela está triste y muda, pero ya se incorpora y espera.
Yo he visto señales en su frente, y porque he visto, tengo el derecho del visionario, el derecho a la guerra...

Yo les diría al oído de mis compatriotas unas cuantas palabras henchidas de poesía y de espíritu práctico. Les hablaría ingenua, familiarmente, como un colegial circunspecto que discute con sus compañeros un tema de clase.

Les invitaría a mirarse en el espejo de mis sinceras confesiones, y tal vez ellos no me guardarían rencor. No los llamaría hermanos, sino hombres. Hombres como yo mismo, que soy en alguna forma el más próximo de mis enemigos...

Les hablaría de su vida y de sus virtudes, y para hacerlo con toda circunspección, les haría vestir y me vestiría previamente un hábito de monje. No hay que olvidar que me he hecho en España una buena provisión de estameña.

Si el hábito no hace el monje, influye ciertamente en la disciplina del espíritu monjil, que es espíritu de concentración. El esfuerzo en concentrarse fortifica la inteligencia, afina la conciencia y la robustece. En la perspectiva de la visión interior, en el estudio de sí mismo, todas las virtudes, todas las energías internas se multiplican. Aun el instinto de imitación gana en sutilidad y astucia.

Con cierta orgullosa ingenuidad solemos comparar los venezolanos nuestro estado social y político, de organismo de formación, con el complejo de la Italia quattrocentista. Sería malignidad infecunda la de ponernos a desentrañar, en el buen sentimiento que anima la analogía observada, esas largas fibras de tumor del ridículo, que es tan fácil extraer del mármol del florentísimo criollo. Ciento, no escasean hechos cuya cálida significación avalora aquel vago concepto con el legítimo esmalte imaginativo de las analogías históricas.

Los rasgos más sensibles del venezolano los forman, en mi sentir, un cierto feliz desenfado en la acción individual y una rara aptitud para hacer y deshacer la ley. Se me antoja atribuirles a tales manifestaciones el carácter de una virtud, como si se constituyeran la fuente de energía más o menos limpia y profunda que va determinando, a través de hechos borrosos y significativos, las grandes líneas de la personalidad de nuestro pueblo. En efecto, muchos actos aparentemente caprichosos y disparatados de nuestra acción colectiva, se encadenan y explican mediante aquella energía, sensible en el fácil implantamiento de avanzadas instituciones, que aun presentándose envueltas en cierto lujo de farsa, revélanse vivas y palpitantes a la sensibilidad del espíritu nacional.

Esa virtud se exalta, naturalmente, en la fisonomía de los grandes tipos del venezolano. Ved si no a Francisco de Miranda: él encarna y personifica el feliz desenfado en la acción. ¡Con qué desenvuelta prestancia cruza la tierra, sobre su clavileño de aventura, ese Caballero tan hermosamente apellidado el Don Quijote de la Libertad! Ved de frente aquel Sol, si podéis mirarle. El Hombre Olímpico, aquel que habló en las cinco Repúblicas y en toda la América (¡Aquel que hablará en todo el mundo!), hacía y deshacía la Ley lo mismo que un dios -y también el Hombre, que en la revuelta y el incendio de la guerra es substancia más plástica bajo el dedo del Héroe.

La prueba mejor de que no se trata, simplemente de una característica de los pueblos nuevos, de aquellos organismos sociales que no han tenido tiempo de encontrar su Ley, sino de un signo evidente de diferenciación, aparece de las posiciones del espíritu venezolano, paralelamente al de los pueblos hermanos más en contacto con el nuestro. Debido a la “viveza de espíritu” del criollo venezolano, reconocida desde tiempos de la Colonia por notables extranjeros, especialmente españoles, es el de Venezuela uno de

los pueblos americanos de conciencia más libre. Anidando sobre la fatal experiencia de los hechos, las ideas más nobles y dignificadoras, las que han sustituido a la vieja Ley de la Colonia, tienen en Venezuela carácter popular, acaso más que en cualquier otro país iberoamericano. La nación que ha dado al Nuevo Mundo sus más robustos forjadores de pueblos, sus primeros capitanes y muchos de sus pensadores, poetas y artistas más vigorosos, es también la que cuenta con el más elevado promedio de aptitudes, que si en gran parte no llegan a florecer, por visibles causas, revelan en el propio espectáculo de su aniquilamiento el carácter de una virtud territorial, que habrá de cuajar en abundante cosecha, por virtud de aquella ley biológica que convierte en triunfos de las especies las derrotas del individuo.

Cerrado al fin el ciclo de las revueltas intestinas, ya se está haciendo visible al Extranjero nuestra facilidad para cambiar de postura, para imprimirle a nuestros actos una dirección más clara, para sustituir la Ley de dictadura y de rebeldía por esa Ley de cultura y de civismo que es el espíritu de nuestras burladas instituciones.

Al propósito de pensar y sentir sobre la existencia y el desarrollo de una colectividad a que pertenezcamos, conviene alejarse por algún tiempo del medio familiar; y respondería aún mejor a tal propósito aquel país en que por obra y gracia de la ley de la herencia están como archivadas las fórmulas de composición que han de servir a nuestras observaciones.

Distanciados de esta manera, respondemos a una necesidad de perspectiva vinculada a la imaginación, y ponemos la sensibilidad a salvo de una especie de embotamiento que le acarrea la dura repetición de la misma serie de fenómenos, a la vez que permitimos nutrirse con la corriente afectiva que de esos mismos fenómenos proviene, transmitida por el hilo de relación vital que comunica el terreno observado con el punto de observación. Es

cosa de imaginación y de sensibilidad, más que de flamante aplicación de los métodos de la sociología.

El efecto más importante de ese distanciamiento bien puede ser la elevación del nivel moral en el individuo, quien al abismar la mirada del alma en la Patria, tan presente en la soledad de la ausencia, ahonda en el propio espíritu y advierte más vivo en sí ese noble sentimiento de la libertad en el deber, que es la mayor libertad posible, ese sublime dictado de la responsabilidad humana, que nos impone lo que debemos aprender a hacer y lo que debemos aprender a no hacer. Tal satisfacción moral, hecha de inquietud y de dolor, se revela en cierto tono de optimismo trascendente, que recuerda el acento característico de todo creador, aun del más amargo de los creadores.

Todo el que ha visto, o creído ver, afirma, y sus afirmaciones tienen siempre realidad histórica; porque negarle su virtualidad al vaticinio equivale a estar desprovisto del sentido de la Historia. Tiene la obra histórica marcadas analogías con el poema épico, y ya es de suficiente elocuencia reveladora el carácter intuitivo de toda grande acción. Los hombres que hacen la Historia son los que la presienten y la quieren realizar, y por presentirlo y quererlo, realizan lo extraordinario, lo que se columbra vagamente en el horizonte de las posibilidades humanas.

Contribuimos eficazmente a la obra de la Historia, los que la cantamos. Poniendo nuestro espíritu en el canto, estamos seguros de no faltar a la Verdad.

No me refiero que exista un contraste desagradable, por grotesco, entre el sentimiento de los versos de mi poema y algunas expresiones significativas de la cotidiana realidad criolla, como aquellas dos frases de donairosa canallería que han resonado tantas veces en nuestros cuarteles y en nuestras oficinas administrativas, una de las cuales reza: "El que manda, manda, y el mundo es

de los audaces"... Y la otra: "Yo no quiero morirme de empacho de legalidad..."

Declaro que percibo en frases como éas la expresión rudimentaria de aquellos dos soberanos movimientos de nuestra alma nacional en formación: nuestro feliz desenfado en la acción individual y nuestra rara aptitud para hacer y deshacer la ley. ¡Frases que se nos vienen a la memoria con el aire familiar de los sentimientos que hubieran podido revelarse en nosotros alguna vez!... Cristaliza en ellas el cinismo venezolano, que por cierto descubre, como todos los cinismos, un estado de empobrecimiento espiritual, de fatiga, de desorientación. Pero el cinismo venezolano, como todos los cinismos, es lo accidental. Lo permanente es el espíritu de la colectividad venezolana, que cuando se manifiesta con energía no puede afectar un menguado carácter de cinismo.

Hay que fortificar el espíritu, cuyo territorio moral es el seguro de la Patria. No debemos olvidar que cuantas previsiones más o menos inciertas se nos lleguen a turbar el ánimo con sus sombras inquietantes, que cuantos planes y propósitos de defensa pueda inspirarnos la visión del futuro, están necesariamente acondicionados, en el juicio y en la realidad, con las energías del espíritu que se inquieta y prevé.

Cuando sorprendo la garra yanqui introduciéndose pacíficamente en México y amenazando a Nicaragua, revelo en el acento de mis versos la inquietud que me produce el estado de la conciencia y de la sensibilidad de esos pueblos, que parecen no querer defenderse, no sentir la necesidad de afirmarse a sí mismos.

Claro que me doy cuenta de las profundas razones étnicas, geográficas e históricas del peligro. El temor de que algún futuro rival europeo pueda tener la apertura, por territorio nicaragüense, de una nueva vía interoceánica, tal vez decida el yanqui a repetir el golpe de Panamá, a fundar en Nicaragua una nueva factería negra... En cuanto a México, los terribles sucesos que todos

conocemos, confirman la gravedad del problema de la raza, realmente inquietante en el extenso territorio de los antiguos aztecas, sembrado de odios históricos y de ruinas palpitantes. Amo tanto a México, porque me figuro que su épico Golfo y mi glorioso Mar Caribe se confían sus secretos. ¡Amargos como la hora son sus corazones; azules y vastos como el Ideal! ¡Líbrese México de la guerra; líbrese, sobre todo, de la rapaz guerra yanqui!

No pueden revelar mis versos un sentimiento de odio hacia los Estados Unidos. Admiro esa gran fuerza organizada, que exalta mi orgullo de hombre; pero más interés me reclama, naturalmente, y más admiración también, la visión de Iberoamérica plena de espíritu y de conciencia universal, cada vez más humanizada -no yanquizada-, libre de la integridad de su espíritu y de su verbo.

No me desfogaría yo vomitando lugares comunes contra esos millones de seres humanos que habitan una porción nórdica del continente que descubrió el genovés en nombre de los destinos de mi raza. Si hablara de la "mecanización" de ese pueblo, disfrazaría mi pensamiento. La máquina sirve siempre al espíritu, aunque a veces nos dé la impresión de que le aplasta.

Entiendo, sí, que por mis venas no corre sangre de puritanos, ni de pieles rojas, y que hablo y escribo en español.

También se expresan en el noble y vigoroso idioma de los conquistadores nuestros hermanos del sur, los ciudadanos argentinos, y en la lengua que es gemela de la nuestra, los ciudadanos brasileños -dos pueblos en pleno desarrollo-, que introducen de Europa a Norteamérica buena y abundante maquinaria.

Desea ardientemente mi corazón de hombre que la República Argentina, el Brasil, Chile y los demás pueblos iberoamericanos adelanten en la vasta labor humana de crearse en Espíritu.

Y al hablarle a Venezuela, la palabra se me hincha y estremece, rebelde al frío razonamiento, porque se trata de la Patria, y porque en su frente he visto señales.

Ella sonríe y suspira a mi lado, en el vuelo de mi fantasía del Crepúsculo. Su mirada virgen me empapa el corazón en la humedad ternura que mana de las entrañas y de los ojos de la madre, ante la rosada masa de espíritu del recién nacido.

Ella sonríe y suspira; en tanto, desfilan a nuestros ojos los lejanos países. La antigua Grecia resucita, en una visión blanca y azul, como el mar helénico y como el mármol de la Diosa. Al ritmo de la hora presente, que mitramos danzar como espectro rojo por las cándidas estepas de Rusia, la trágica eslava nos dice su amargura. Pero nuestro anhelo de vagar a través de los paisajes, nuestra sed del corazón de la tierra, no se sacia jamás. Evocamos la visión del Asia milenaria, magnífica de misterio y de pedrerías. Y nuestro palanquín lírico se desliza entre verdes arrozales, hacia un vaga perspectiva de torres de porcelana, envuelta en vapores áureos y azules...

Es el Celeste Imperio.

Y en el Celeste Imperio ¡claro! ya estamos en el Cielo...

Allá, en la lejana Tierra, el ronco mar solloza, al son de todas las trompas y de todas las liras.

En la llanura azul del Cielo (¡oh visión de mis Llanos natales!), abren y se estremecen las ingenuas florecitas de Francisco de Asís..."

BIBLIOGRAFÍA UTILIZADA EN ESTA INVESTIGACIÓN

- Byron, Lord. Fragmento de “La isla”. Epígrafe del poema “Estan- cias”. En *Poesía completa* de Edgar Allan Poe. Libros Río Nuevo. Barcelona, 1974.
- Darío, Rubén. *Cantos de vida y esperanza, Los cisnes y otros poemas*. En: *Poesías completas*. Aguilar. Madrid, 1952.
- Escalona-Escalona, José Antonio. (comp.). *Antología general de la poesía venezolana*. Ediciones Edime. Madrid-Caracas, 1966.
- Goethe, Johann Wolfgang. *Fausto*. Aguilar. Madrid, 1962.
- Mallarmé, Stéphane. *Obra poética I*. Hiperión, Madrid, 1994.
- Miliani, Domingo. *Vísperas de modernismo en la poesía venezolana*. Instituto Caro y Cuervo. Bogotá, 1968.
- Pérez Bonalde, José Antonio. *Poesías y traducciones*. Ministerio de Educación. Academia Nacional de la Historia. Caracas, 1989.
- Silva, José Asunción. *Obra poética*. Ediciones Hiperión. Madrid, 1996.
- Sucre. Guillermo. (comp.). *Las mejores poesías venezolanas* (tomo 1). Primer Festival del Libro Popular Venezolano, 1958.
- Wordsworth, William. *Prólogo a las Baladas líricas*. Universidad Autónoma de México, México D. F, 2005.

BIBLIOGRAFÍA DE JOSÉ TADEO ARREAZA CALATRAVA

- “*El castillo de Elsinor* de Pedro Emilio Coll”. *El Cojo Ilustrado*, Caracas, 1905.

- “Canto a Venezuela”. Imprenta Artística Española. Madrid, 1911.
- Cantos de la carne y del reino interior. Cantos civiles*. Imprenta de Primitivo Fernández. Valverde, Madrid, 1911.
- Odas. La triste y otros poemas*. Sociedad de Ediciones Louis Michaud, París, 1913.
- “Discurso a beneficio de los soldados franceses que han quedado ciegos en la presente guerra mundial”. Tipografía La Empresa, Ciudad Bolívar, 1918.
- “Canto al ingeniero de minas”. *Cultura Venezolana*, año VII, tomo XXI, N° 57. Caracas, junio de 1924.
- “2 sonetos”. Inciba. Caracas, 1965.
- “Canto a la Batalla de Carabobo”. Talleres Tipográficos de Miguel Ángel García e hijos. Caracas, 1971.
- “El héroe”. En: *José Tadeo Arreaza Calatrava y su manuscrito de “El héroe”* (ed. Basilio Tejedor B.). Ediciones de la Presidencia de la República. Caracas, 1990.

ANTOLOGÍAS

- Antología de la moderna poesía venezolana*. (Comp. Otto de Sola). Ediciones del Ministerio de Educación. Caracas, 1940.
- Poesías*. (Selección de Óscar Sambrano Urdaneta). Ediciones del Ministerio de Educación. Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes. Caracas, 1964.
- Selección poética*. (1911-1947). (Selección de Fernando Paz Castillo). Monte Ávila Editores, Caracas, 1976.

BIBLIOGRAFÍA SOBRE JOSÉ TADEO ARREAZA CALATRAVA

- Angarita Arvelo, Rafael. *Tres tiempos de poesía en Venezuela (Historia por representación)*. Adán Gráfica. Caracas, 1962.
- Díaz Seijas, Pedro. “La cólera y la serenidad de los dioses”. *Revista Nacional de Cultura*, N°s 167-69. Caracas.

- . *Deslindes*. Ernesto Armitano Editor, Caracas, 1972.
- Fabbiani Ruiz, José. *Tres temas de poesía venezolana*. Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1966.
- Guerrero, Luis Beltrán. *Candideces*. Editorial Arte. Caracas, 1964.
- Paz Castillo, Fernando. *Reflexiones de atardecer*. Ediciones del Ministerio de Educación. Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes, Caracas, 1964.
- . "La poesía de José Tadeo Arreaza Calatrava". En: *Poesías* de José Tadeo Arreaza Calatrava. Ediciones del Ministerio de Educación. Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes. Caracas, 1964 .
- . *De la época modernista. (1892-1910)*. Ediciones del Ministerio de Educación. Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes, Caracas, 1968.
- . "En torno a la obra de José Tadeo Arreaza Calatrava". En: Revista *Oriente*, Nº 5, año 2, Barcelona (Venezuela), 30-4-1969.
- . "Prólogo" a *Selección poética* de José Tadeo Arreaza Calatrava. (1911-1947). Monte Ávila Editores, Caracas, 1976.
- Picón Salas, Mariano. *Literatura venezolana*. Editorial Las Novedades. Caracas, 1940.
- . "Paseo por nuestra poesía (de 1880 a 1940)". En: *Comprensión de Venezuela*. Petróleos de Venezuela. Caracas, 1949.
- Ruano, Manuel. "El trayecto imaginado. J. T. Arreaza Calatrava". Suplemento Cultural. Diario *Últimas Noticias*. Caracas, 13-2-1977.
- . "Arreaza Calatrava". En: *Diccionario Enciclopédico de las Letras de América Latina* (Delal). Biblioteca Ayacucho y Monte Ávila Editores, Caracas, 1995.

Tejedor B., Basilio. *José Tadeo Arreaza Calatrava y su manuscrito de "El héroe"*. Ediciones de la Presidencia de la República. Caracas, 1990.

Venegas Filardo, Pascual. *53 nombres de poetas venezolanos*. Ediciones La Casa de Bello. Caracas, 1990.

Yarza, Pálmenes. *Una ojeada al Modernismo en la lírica venezolana*. Ediciones Centauro. Caracas, 1994.

ÍNDICE

DATOS BIOGRÁFICOS	11
"PARQUE SENTIMENTAL INCIERTO". EL ROMANTICISMO VENEZOLANO Y LA POESÍA MODERNISTA DE JOSÉ TADEO ARREAZA CALATRAVA	
LA NATURALEZA EN EL ROMANTICISMO VENEZOLANO	13
LA NATURALEZA Y EL PESIMISMO EN LA POESÍA MODERNISTA	22
EL TEMA DEL MAL. LA MODA DE LA ÉPOCA	30
TEMAS EXÓTICOS Y PATRIÓTICOS	43
ANEXOS	
NOTA AL POEMA "FANTASÍA DEL CREPÚSCULO", POR JOSÉ T. ARREAZA CALATRAVA	47
BIBLIOGRAFÍA	57

Edición digital
junio de 2018
Caracas-Venezuela



José T. Arreaza Calatrava
(Anzoátegui, 1885-Caracas, 1970)

Poeta, abogado, diplomático y periodista. Estudió Ciencias Políticas y Sociales en la Universidad Central de Venezuela, donde se gradúa de doctor en 1907. Desde 1902 fue un frecuente colaborador para la revista *El Cojo Ilustrado* como poeta, prosista y dibujante, además de los diarios *Oriente* y *El Nacional*. Cónsul en Santander, España (1909-1912) y en Ámsterdam, Holanda (1912-1914). Luego de su regreso a Venezuela se dedicó a una intensa actividad literaria, jurídica y política. En 1921 obtuvo el premio de la Academia Nacional de la Historia por el poema "Canto a la Batalla de Carabobo". El encarcelamiento por razones políticas (1928) y la muerte de su padre lo llevan a un estado que lo inhabilitó hasta su muerte para continuar cualquier labor intelectual. Premio Nacional de Literatura de 1964.

Alejandro Madero
(Caracas, 1981)

Licenciado en Letras por la Universidad Central de Venezuela (2006). Investigador y ensayista. Ha publicado las monografías de Premios Nacionales de Miguel Acosta Saignes y Pedro Pablo Paredes. Actualmente realiza un doctorado en Ciencias Sociales (UCV).



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Cultura